

Ida y Vuelta

Comedia en dos partes de Mario Benedetti. Dirección de Emilio Acevedo Solano. Escenografía de Adolfo Halty. Compañía de Actores Profesionales Uruguayos en Sala Verdi.

Con el estreno de esta comedia, Mario Benedetti agrega el género literario que le faltaba para ser lo que con fea palabra se llama un cabal "polígrafo". Su curiosidad y su talento le han llevado a cultivar el cuento, el relato, la poesía, el ensayo, la nota humorística, y lo que en estas disciplinas ha hecho en los últimos diez años le han ganado un lugar importante en nuestra nueva literatura. La verdad es que su incursión en el teatro está muy dominada por esas otras disciplinas que ha ejercido con brillo, y en esta "Ida y vuelta" hay más ensayo y cuento y nota humorística, que teatro propiamente dicho.

La obra está propuesta como la ejemplificación cómica de una teoría sobre el teatro nacional, que trata de abogar por la consideración de los seres comunes montevidianos en su vivir corriente, y la crítica de los

temas griegos en nuestros escenarios. Tiene por este lado algo de manifiesto, en ese tono menor y de entrecasa que maneja con soltura Benedetti, y se corresponde con algunas de sus preocupaciones críticas más conocidas. Sobre esta tesis ya hemos hablado alguna vez, señalando que no hay nada contra ella si sirve como vehículo para la creación de una obra de arte, y alegando que tampoco hay nada contra el tema griego si sirve a lo mismo. En este caso no ocurre tal cosa, y la inexperiencia de Benedetti en el nuevo género que cultiva deja su alegato no sólo sin fundamentos, sino que hasta lo vuelve contraproducente, porque más de un espectador, sin contar críticos, pudo salir del teatro diciendo que es preferible la "Nausicaa" que el autor de la obra dice tener deseos de escribir, porque en ese caso algo de la sabiduría del viejo Homero nos hubiera llegado mediante el pastiche.



M. BENEDETTI
primeros pasos

Esta teoría sobre el teatro, que expone frente a una mesa de conferencias el autor, le otorga a la pieza un andar narrativo —un poco como este año vimos en la adaptación de la novela de Felicien Marceau "El huevo"— dentro del cual se intercalan las escenas que cuentan las aventuras y desventuras de una pareja de montevidianos comunes, Juan y María. Eso es lo que constituye propiamente la obra de Benedetti y donde puede medirse su capacidad creadora. En esta zona cultiva un costumbrismo semejante al de algunos de sus cuentos, y sobre todo vecino a sus notas humorísticas de Damocles, que es el Mr. Hyde de la literatura de Mario Benedetti. Utiliza el personaje típico, liso, con sus reacciones más conocidas, y los rescata de su cotidianidad más vulgar por un esfuerzo de simpatía que se da a través de las formas del humor. Las distintas escenas están creadas como "sketchs" autónomos, que a veces tienen un trazado sensible (una pelea frente a un zaguán) y otras veces caen en la réplica vulgar y en la comicidad más gruesa.

Esta organización de la obra hace que no haya propiamente una obra, no sólo por la falta de una intriga dramática y de un conflicto, sino también porque las distintas escenas se acumulan sin que haya una progresión, y llegado un momento se siente que el autor quiere cerrar su obra pronto, lo que hace de modo extemporáneo. El único tema que podría darle contextura, el de la ida a Europa y la sensación que se tiene a la vuelta, está apenas bocetado y es discordante dentro del planteamiento de los personajes; no está fatalizado por éstos, y su gratuidad ayuda a disolverlos.

Tratándose de otro autor, este sería un intento fallido sin mayor vuelo: pero en Benedetti hay condiciones para el dialogado natural y flexible, para la captación de los seres comunes en sus reacciones espontáneas, para una evocación de este Montevideo que él quiere y comprende. De esas condiciones hay que esperar, para que aborde el teatro sin intelectuales y sin críticos.

La versión de CAPU fue de una diestra corrección y mostró a Acevedo Solano trabajando una dirección atenta y cuidada. La resolución de algunas escenas, sobre todo el cine, mostraron una invención feliz, y el tono en que fue impostada la pieza mostró una colaboración acertada con los propósitos del autor. Nubel Espino, sobre quien recayó la mayor responsabilidad, volvió a demostrar su versatilidad de actor que en otra ocasión ya hemos celebrado. Le acompañaron bien Anibal Pardeiro y Victoria Almeida. Las escenografías de Halty fueron desparejas, pero resultó agradable su invención juguetona y humorística de algunos ambientes nuestros un poco en el estilo de ilustración para artículos de Damocles.